

**José Ángel Mañas**

## **La literatura española explicada a los asnos: Unamuno y *Del sentimiento trágico de la vida***

(*PliegoSuelto*, 2 de febrero de 2016).



Miguel de Unamuno (1864-1936)

Cada nueva obra ensayística suele establecer un diálogo con una familia de autores que forman, por lo general, parte de una tradición de pensamiento. En el caso de [Del sentimiento trágico de la vida](#) (1912) son los grandes autores de la filosofía universal (Platón, San Agustín, Santo Tomás, Pascal, Spinoza, Hume, Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard, Bergson) y los que pudiéramos llamar poetas filosóficos (Dante, Calderón, Goethe, Leopardi, Byron).

A ellos es a quienes [Unamuno](#) refuta, corrige, comenta, admira, amonesta o con quienes, sencillamente, conversa.

Eso sí: rara vez en voz baja. Su ego es demasiado fuerte y sus opiniones demasiado rotundas para que el diálogo resulte plácido.

Unamuno siempre quiso tener razón y esa cabezonería, este empecinamiento, es algo constitutivo de su personalidad. “Venceréis pero no convenceréis”, les dijo orgullosamente a los sublevados triunfantes de la [Guerra Civil](#) (1936-1939).

Unamuno tenía una necesidad patológica de tener razón. No le basta con exponer su punto de vista. Quiere que asintamos, que digamos:

–Tiene usted toda la razón del mundo, don Miguel.

E incluso así nos remachará sus argumentos, porque necesita algo que no podemos darle: se está intentando convencer a sí mismo de lo que sabe imposible. Lo suyo es una pregunta que no tiene respuesta.

En realidad, su libro es un compendio de reflexiones clásicas en torno al tema que más le obsesionaba: la finitud del hombre y la imposible existencia de Dios.

Al final, ninguna de las ideas que vehicula es demasiado novedosa. ¿Que todo es vanidad, que todo es nada? Ya lo afirmaban el [Eclesiastés](#) y [Leopardi](#). ¿Que detrás de cada sistema filosófico está un hombre, con sus obsesiones y sus ambiciones demasiado humanas? Era la cantinela de [Nietzsche](#). ¿Que todo ser busca perdurar en su ser? Lo dijo [Spinoza](#) y es de sentido común. ¿Que la nada es más aterradora que el infierno? ¿Que la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas? ¿Que la fe es irracional y exige a la razón dar un salto mortal? ¿Que la vida es ciega voluntad irracional? Ahí están [Kierkegaard](#), [Pascal](#) y [Schopenhauer](#).

[Baroja](#) con buen ojo lo caló enseguida:

Yo creo que el bagaje no era grande. Así lo pienso, sin entusiasmo y sin odio, sus novelas me parecen medianas, y su obra filosófica no creo que tenga solidez ni importancia. No llega en sus elucubraciones a esas fantasías a lo Spengler o Keyserling, y mucho menos a esa penetración aguda de los Bergson y de los Simmel. ([Desde la última vuelta del camino](#), 1944)

Unamuno sigue las corrientes irracionalistas tan en boga desde finales del XIX y ni siquiera consigue, en su repaso a la historia intelectual, darnos una sensación panorámica, o hacernos palpar con la suficiente tensión narrativa esa intensa lucha entre racionalidad y fe que, según él, se desarrolla en cualquier momento histórico.

No tiene un talento sincrético como el de [Hegel](#). Y tampoco sintético, a lo [Vico](#). Ni narrativo, como [Michelet](#). Ni tiene la claridad discursiva de [Juan Valera](#). Ni el rigor compositivo de [Clarín](#). Ni la sensatez realista de [Baroja](#) o de [Azorín](#).

Entonces, ¿qué es lo que añade?, ¿cuál es el interés de su ensayo (de sus ensayos, porque en realidad [Del sentimiento...](#) es una sucesión de miniensayos que fue publicando previamente por separado: de ahí esa sensación de repetición que se tiene, leyendo de corrido)?

Dejemos que conteste él:

Sí, ya sé que otros han sentido antes que yo lo que yo siento y expreso; que otros muchos lo sienten hoy, aunque se lo callan. ¿Por qué no lo callo también? Pues porque lo callan los más de los que lo sienten; pero aun callándolo, obedecen en silencio a esa voz de las entrañas. Y no lo callo porque es para muchos lo que no debe decirse, lo infando -*infandum*-, y creo que es menester decir una y otra vez lo que no debe decirse. (Capítulo VI, *Del sentimiento...*)

[Unamuno](#) tiene el mérito de dar voz a todas esas angustias existenciales primarias que todos experimentamos en algún momento. Verbaliza con una impresionante nitidez los miedos que solemos callar y recrea el vértigo que nos asalta ante la terrorífica representación de la nada.

En ese no callar lo que sentimos, en ese repetir aunque sea de manera retórica las cosas esenciales, en esa exposición de la problemática principal del ser humano – ¿merece la pena vivir, sabiendo que estamos condenados a no ser?– radica el interés del texto que, siendo afín a los intereses del lector religioso, nos permite a los laicos, ahorrándonos los tecnicismos de la retórica religiosa, remover nuestras entrañas espirituales.

Unamuno ha sabido ponerle su acento personal al más básico sentir universal.

Su obra es un intento de convencernos de algo en lo que él necesita creer desesperadamente: en la inmortalidad del alma, la pervivencia del yo, la existencia de un Dios, verbalícese como se quiera. “¡Sed de ser, sed de ser más!, ¡hambre de Dios!, ¡sed de amor eternizante y eterno!, ¡ser siempre!, ¡ser Dios!”. Al autor le ocurre como a su personaje, [San Manuel Bueno, mártir](#) (1931), que, siendo ateo, se siente obligado a predicar la existencia de Dios, porque considera que les es necesaria a los demás.

Este absurdo tan *quijotesco* de convencer de algo en lo que profundamente no se cree, pero que es necesario creer, es lo que hace, con su furor habitual, Unamuno. Y esa desesperación del intento, la necesidad que tiene de engañarnos, como una [Sherezade](#) que se juega la vida con su narración, es lo que le da todo su patetismo y su magnetismo al texto.